

partió amante y amado,
sin temor á la ley ni al fuego eterno,
porque dice un autor muy afamado
que acaba por vivir un condenado
como el pez en el agua en el infierno,
y ¡oh deshonra de la olvidada Astrea!
lo que hace aquí más grande el desconsuelo
es que hasta el mismo Altea
de Roseta y de Nelo
el viaje iluminó con luz febea
el Dios que con el rayo alumbró el cielo!

XIII

Después de confesar muy de mañana
á aquel gran homicida sin grandeza
un cura que llamaba con tristeza
su camisa de fuerza á la sotana,
muy cerca de la fuente
donde frecuentemente
toman agua las niñas casaderas,
fusilaron á Juan sencillamente
contra un seto de pitas y chumberas.
Murió ahogado en sus últimos gemidos,
y aunque la fe de Juan era tan viva
que creía que hay seres elegidos
que alguna vez se inclinan desde arriba
para echar una mano á los caídos,
fué infeliz su bondad de tal manera
que tuvo algún escéptico el recelo
de que en la hora de morir postrera
ni una sombra siquiera
se inclinó á recibirle desde el cielo.



XIV

Dejémosle morir á Juan Soldado.
Ya el Génesis decía sabiamente
que el hombre de dolores agobiado
no conviene que viva eternamente.
Nació y vivió inocente.
Fué bueno, y por ser bueno, desdichado.
Ayudó de su patria á la victoria.
Y aunque vivió tan útil como honrado
y creyó á pies juntillas en la gloria,
murió del todo, pues murió olvidado.
Aquí da fin la historia
del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

XV

¡Como en alma tan buena y tan amante
nadie ha visto una pena semejante,
por la salud del ser á quien más amo
juro que en este instante
moja el papel el llanto que derramo!
Y ya que hay en la tierra tanto duelo
que mi madre decía
que lo bueno del mundo es que hay un cielo,
porque, cual Juan, creía
que en el último día
todo el que sufre ha de tener consuelo,
¡mandad, Señor, puesto que estamos ciertos
de que es la vida una incurable peste,
que convierta á los pueblos en desiertos
ese día en que un hálito celeste
há de barrer los vivos y los muertos!



LOS AMORIOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

A mi consecuente amigo el ilustrado literato Sr. Conde de Santiago.—CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

DE REY Á CORONEL

I

Con un amor fatal por lo ilusorio,
siendo en lo real más casta que Susana,
era un Don Juan Tenorio,
en la región de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,
suele traer á la memoria el beso
su boca de salud provocativa;
y aunque grandes y abiertos con exceso,
son bellos como el sol, á pesar de eso,
sus ojos con caídas hacia arriba.

II

Vivía con honor de su trabajo,
y obrera incomparable en sus cosidos,
sabiéndolos volver de arriba abajo,
estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento
donde, exceptuando el son de aquel acento

que habla más bien al alma que al oído,
la preciosa cartuja
no hace en su cuarto de labor más ruido
que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
idealiza sus propias sensaciones
porque cree, como yo, que en esta vida
lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
al presentir que me parezco un poco
á esas castas doncellas
tan llenas de ilusiones,
que malgastan su amor y sus pasiones
en la luna, en el sol y en las estrellas?

III

En esa edad tan bella
en que el amor se cae de maduro,
se empezó á ver en ella
la grave enfermedad del amor puro,
enfermedad tan grave, aunque tan pura,
que un día de parada
se quedó (y perdonadle su locura)
del Rey enamorada.

Cuando es bien parecido
un Rey, es una imagen de marido
que las niñas fantásticas adoran.
¡La mujer y la alondra se enamoran
de todo lo que brilla y hace ruido!

IV

Fué el caso que, al hacerle algún saludo,
detrás de sus cabellos escondida,
vió que el Rey su mirada distraída
echó hacia ella; mas ¿la vió? Lo dudo.
Pero Juana infirió, según infiero,
que el Rey le dijo con los ojos: «Te amo;»
y ella, pensando en responder: «Te quiero,»
ocultó su rubor oliendo un ramo.
Y luego echa á correr avergonzada,
y cuando va pensando
si el Rey irá besando
las huellas de sus pies con su mirada,
así como al descuido, con cuidado
Juana mira de lado
con tanta gentileza,
que no puso en su huida
más gracia natural ni más belleza
Galatea, volviendo la cabeza
por ver si era en su fuga perseguida.

V

Juana, que se veía
hermosa y con salud, dos veces bella,
llegó á creer que se quedó aquel día
el Rey de España enamorado de ella.
Y aunque es tan pudorosa
que no abraza á sus sueños ni en el viento,
el día aquel, por excepción honrosa,
le dió de pensamiento
un beso... ó dos... ó tres... muy poca cosa;
y prometiendo al Rey su blanca mano,
la mitad del verano
y parte del invierno
á su futuro esposo el Soberano
lo adoró como á un Dios sin culto externo.
Y al pensar, la inocente,
que su gracia de un Rey hará un vasallo,
en el Palacio Real cristianamente
aspira á ser sultana sin serrallo.
Y ¡lo que es la ilusión! desde el gran día
en que el Rey la inflamó con su mirada,
por elegancia fría,
ya muestra aires de Reina fastidiada,
aunque tiene un reinado todavía
más chico que el Rey Chico de Granada.

VI

Mas ¡ay! cuando, creyéndose en su mente
Reina de ambas Castillas,
ya extraña que la gente
no empiece á contemplarla de rodillas,
la luz de una mañana
vino á eclipsar su estrella,
pues supo un día, al despertarse, Juana
que el Rey se iba á casar, y no con ella.
Y como es un refrán tan verdadero
que el mayor desengaño es el primero,
al caer de su trono,
creyó con el candor más hechicero
que del Rey lloraría el abandono,
vistiéndose de luto, el orbe entero.
Y cuando vió apagado
el esplendor de su ideal soñado,
y después que perdió la confianza
de alcanzar la esperanza
de tener un vasallo coronado,
la consoló aquel día
del triste fin de su pasión dichosa
el mirar que el espejo le decía:
«¡Consuélate, hija mía,
que es más que Reina ya la que es hermosa!»
¡Cuánto celebros, por su bien y el mío,
que su amor no pasase de amorío,
y que su fe, sin experiencia alguna,
ignorase en su noble desvarío
que el ir de la pobreza á la fortuna
es marchar de la dicha hacia el hastío!
¡Ya ha muerto su ilusión! Pero entretanto,
el destino iracundo
no le hará ver con verdadero espanto
que también en el mundo
hay en los ojos de las Reinas llanto!
Y al poner fin á sus amores reales,
no quedará por dicha convencida
de que son las grandezas imperiales
las más grandes miserias de la vida!

VII

Siempre ha sido y será cosa corriente
que, mientras dure el malestar divino,
en alas de la mente
llega el alma hasta el fin de su destino;
siendo un hecho evidente
que si un amor se va muy fácilmente,
el amor venidero está en camino.
Así, paseando un día,
más ligera que un pájaro ligero,
vió Juana á un diplomático extranjero
que, sin ser General, lo parecía;

y, como es de inferir, fiel á su estrella,
al volverse á la paz de su retiro,
un corazón tan tierno como el de ella
le dedicó al dormir la noche aquella,
después de un «¡es buen mozo!» un gran suspiro.
Mas no fué poco enorme
el suspiro que dió su alma doliente,
cuando supo después por accidente
que aquel Embajador con uniforme
era un monstruo civil, un ser deforme,
que no era ni siquiera subteniente.
Y como en ella obra el discurso tanto
que, aunque la ciencia lo contrario mande,
escribe siempre Amor con A muy grande,
y un busto de Nerón lo juzga un santo,
de buena fe asegura
que el que no es militar es casi un cura;
y conforme al saber de muchas gentes,
ignora las razones oficiales
que hay para dar patentes
del uso de uniforme á los mortales
que no son por lo menos subtenientes.

VIII

Porque ¿es hombre un paisano?
Aunque Juana creía
que en el género humano
puede á ratos, y en término lejano,
un paisano ser hombre todavía,
ella piensa que es nada, ó casi nada,
grandeza que no es hija de la espada,
y que, aun siendo brutal como todo hecho,
la fuerza, pese al cielo, es un derecho;
y en honra de las glorias militares
cree, como todas, por instinto, Juana
que el verter sangre humana
no es deshonor cuando se vierte á mares;
por lo cual, resolviendo que el paisano
es, más que un hombre, un papagayo humano,
lo olvida muy aprisa, muy aprisa,
recordando más triste que Artemisa
que ya puede sumar dos desengaños
en quince años que cuenta:
¡quince años, ¡ah! quince años!...
¡la edad que yo tenía hace cincuenta!

IX

Mas, dejando mi edad, tened por cierto
que hay siempre un vivo que reemplaza á un
y por raro que sea (muerto,
el corazón humano
es como el *yo Fichtiano*,
que lo que piensa en su interior, lo crea,

y Juana, que en su amor se lisonjea
de lograr para esposo al heroísmo
si es necesario en Don Pelayo mismo
realizará su idea...
¡Lo que tiene de bueno el platonismo
es que alcanza en Platón lo que desea!

X

Sintiendo el inmortal desasosiego
de una sibila en éxtasis y loca,
Juana consagra á un militar su fuego
para quitarse luego, luego, luego
el sabor á paisano de la boca.
Y buscando otro amor precipitada,
quiso la mala suerte
que Juana, nuestra Reina destronada,
oyese hablar, si bien muy de pasada,
del coronel Roldán, alias «La Muerte»,
un militar de historia acrisolada,
de quien cuenta la fama pregonera
que, al empuñar la espada,
se creía un Titán, aunque no lo era.

XI

Pero ¡Señor! para que el alma honrada
de tan casta doncella
estuviese vencida y dominada
por la pasión aquella,
¿qué había entre ella y él? ¿Qué había? Nada:
la mucha fama de él y un sueño de ella.

XII

Supo Juana también que, osado y fuerte,
el coronel «La Muerte»,
como algún día Condillac, opina
que el tacto es la razón de los humanos,
y que el mundo termina
donde acaba el alcance de las manos.

XIII

Y cómo es tan común entre las Juanas
el tentar á los hombres atrevidos,
una de esas mañanas
en que hierve el volcán de los sentidos,
soñó con el candor más halagüeño
que dormía muy cerca de su ensueño;
y en el supremo instante
en que soñaba más... ¡Jesús, qué loca!
supuso que aquel hombre delirante,
como Pablo á Francisca la de el Dante,
le escondía los besos en la boca..